

UN BALANCE DE DOS MIRADAS SOBRE LA MODERNIDAD

Las relaciones entre comunicación, semiótica y estudios culturales plantea un doble desafío: encarar un balance crítico (necesario) entre la semiótica, disciplina del sentido y de los textos y los estudios culturales, disciplina de las industrias culturales, ambas emergentes de las ciencias sociales en la vertiente del análisis de las formas de articulación de prácticas sociales simbólicas, y revisitar simultáneamente ese vasto territorio que supo llamarse en los años 60 y 70 “ideología”, en ese crucial y anticipatorio debate, sin duda de inspiración gramsciana, que atravesó toda América Latina en torno a la noción de cultura popular, cultura de masas, de dependencia y de imperialismo cultural. La hora está para un *came back* con fuerza de estas temáticas, porque nos permite cuestionarnos simultáneamente qué hacía (y qué hizo después) la semiótica y cómo comenzaron y dónde terminaron los estudios culturales en el marco de la globalización y del info-entretenimiento. También nos permite ver cómo han cambiado las prioridades –históricas– en la constitución de lo que Aníbal Ford ha llamado sucesivamente “una nueva agenda crítica” (1999, 2001, 2005) en el marco de los estudios sobre globalización.

Umberto Eco (1964) fue tal vez uno de los primeros en registrar con magistral síntesis la contradicción principal que planteaba la irrupción de los medios y de la industria cultural descrita por Edgar Morin (1962) entre los apocalípticos y los integrados: los primeros son una obsesión del *dissenter* –¿hace mal el Pato Donald?

– que se actualiza hoy en la crítica apocalíptica a las nuevas tecnologías privada de un contexto de análisis económico y político–; los segundos terminan asimilados en el conformismo de la academia y en el sillón confortable del espectador televisivo, como si todo nos fuera ajeno, como si la única praxis política posible fuera solamente la *descripción*.

La postmodernidad ha eximido de culpas a todo el mundo, al punto de que otro gran debate que atravesó el período inicial de convergencia entre semiótica y estudios culturales –y que podríamos llamar una “contradicción secundaria”–. Me refiero al debate entre formalistas y antiformalistas, entre modelizadores y empiristas: jamás se resolvió y el problema de la ideología como conjunto de representaciones de una cultura dominante, dejó de formar parte de la agenda de los semiólogos y de la metodología de los investigadores en comunicación por falta de respuesta adecuada. Hay también una investigación que es funcional al período del neoliberalismo avanzado.

Para completar el cuadro, una tercera problemática se sobrepone a las anteriores, la del punto de vista del investigador y la de la colonialidad inscrita en toda disciplina que observa (la marginalidad, el intersticio, otras culturas) como ejercicio de un determinado poder. Si en su acepción clásica una cultura es el desarrollo de un conjunto integrado y organizado de prácticas sociales –entre ellas la comunicativa–, la semiótica consideró originariamente como objeto propio la descripción “de la vida de los signos en el seno de la vida social” y vio en los textos de la cultura de masas un tipo particular de práctica discursiva. Por su parte, los estudios culturales, inicialmente de raíz anglosajona (Raymond Williams, 1921-1988; Richard Hoggart, 1918; Edward Thompson, 1924-1993; Stuart Hall, 1932) trabajarán desde un punto de vista casi etnográfico, el análisis de las prácticas de consumo de la literatura popular, de la televisión y las formas de apropiación de esta incipiente cultura de masas que luego se volvería la cultura hegemónica de la modernidad. No es por azar que estos estudios derivaran luego en estudios sobre la recepción de los medios y la constitución de los públicos (Morley 1992).

Una hipótesis es que la irrupción casi simultánea de los estudios culturales y de los estudios semióticos es una respuesta para dar cuenta de los nuevos objetos que nos presentaba la modernidad de la segunda mitad del siglo XX, como antes la antropología había tratado de dar cuenta del colonialismo europeo y la sociología, de la aparición de la sociedad industrial. La creación en 1964 del *Center for Contemporary Culture Studies* (CCCS) en Birmingham fundado por Hoggart, al que se incorpora inmediatamente Stuart May, es prácticamente contemporánea del proyecto editorial que inicia en Francia la revista *Communications* (1961), donde Eco publicara su lectura de Steve Canyon y Barthes analizara las pastas Panzani (1964). La posición es de “resistencia” pero también de curiosidad no desprovista de un cierto optimismo; se estaba construyendo un nuevo objeto de estudio y la semiótica se veía a sí misma como un instrumento heurístico potente de descripción y análisis.

Y aquí se produce el primer clivaje con los intelectuales latinoamericanos, que muy tempranamente tratarán de estudiar las formas de la cultura de masas en el interior de un debate fuertemente político entre la hegemonía de la cultura americana tanto en sus productos como en el control de los flujos de información (lo que posteriormente sería la cultura *McDonald*) y las culturas populares y sus formas de transmisión y resistencia. Pensemos en el rol que tuvo para toda una generación de argentinos esa educación a la cultura –política– de lo popular que fue la revista *Crisis*.

Es cierto que el horizonte latinoamericano estaba marcado económicamente por la teoría de la dependencia (Cardoso y Faletto.1969) y políticamente, por la influencia determinante de la revolución cubana. Lo que me interesa señalar es que *culturalmente* se insertó en forma innovadora una percepción aguda de los fenómenos de naturaleza básicamente heterogénea de mestizaje y traducción como matriz característica de la producción latinoamericana, sin caer en lo “autóctono”. La definición misma de cultura se vuelve tensional y dinámica, prefigurando la influencia posterior y decisiva que ejercerá Iuri Lotman en el análisis de los fenómenos de la industria de lo imaginario como “semiosfera”. Revistas latinoamericanas como *Marcha*, *Los Libros*, *Lenguajes* –de la que se cumplen precisamente treinta años de su fundación–, *Comunicación y Cultura* o *Crisis* serán el espacio de un debate sobre políticas e identidades culturales que atraviesa toda la década del setenta, en el intersticio que dejaron las diferentes dictaduras continentales. *Pour mémoire* para los jóvenes lectores, hubo una época en que tener estas revistas en la biblioteca era riesgoso y “literatura subversiva”.

Otro rasgo distintivo y diferenciador es la articulación de los gigantes televisivos privados, como la brasilera O Globo o la mexicana Televisa, en la producción y difusión de productos de fuerte identidad e identificación como son las telenovelas, que pondrán el problema de la constitución de los públicos y de las audiencias, pero también el de la contaminación de los géneros (Mazziotti 2001).

El problema de la identidad, consustancial a la problemática latinoamericana, se desplaza de ser una variable de clase (y, en consecuencia, leída desde la sociología o la política) a ser una construcción donde intervienen diferentes dimensiones simbólicas y los medios (de información, de entretenimiento) cristalizarán *una forma* de representación y un sistema de contenidos y valores. La reflexión de Eliseo Verón desde la semiología –recordando que los fenómenos superestructurales son una articulación extremadamente compleja de prácticas productivas (1974, 1978) – y de Jesús Martín-Barbero desde los estudios culturales (1987) son un punto de confluencia de ambos paradigmas hacia una atención teórica central a la transformación social que representan los fenómenos de *mediatización/mediaciones*, donde los medios se vuelven constructores centrales activos –y no solo difusores– de representaciones colectivas de la cotidianidad y del lazo social. Martín-Barbero pondrá en duda la capacidad de los Estados (¿exclusivamente latinoamericanos?) para controlar los procesos de gestión

cultural, por lo que también la noción de frontera cultural enunciada por Lotman se vuelve problemática. Públicos, audiencias, espectadores, negocian permanentemente saberes e identidades, tácticas de acomodamiento y de supervivencia.

La semiótica verá que muchos de sus postulados, entre los cuales el de la competencia desigual entre emisores y receptores, el de su inscripción en el texto como lector modelo o el clásico concepto de código, permearán el instrumental teórico de los estudios culturales en forma inconfesada. Por su parte, los medios y los flujos de información globales producen *desterritorialización* y migraciones a gran escala. Así, un tema clásico y crucial de los 60 como el de la identidad cultural es analizado por los brasileños Renato Ortiz (1985, 1994) o Muniz Sodré (2002) estudiando la construcción de nuevos referentes identitarios, como la religión y el traspaso de las fronteras que realizan la música —trasmigraciones africanas, caribeñas y brasileiras— o la cultura joven —sincretismos urbanos de modas y tendencias—.

Otro concepto teórico clave ha sido sin duda el de *procesos de hibridación*, cercano al norteamericano de *multiculturalidad*, que vienen de la antropología, para describir los procesos socioculturales de intercambio característicos de finales del siglo XX. Para Néstor García Canclini (1990), lo híbrido (mezcla cultural) es un rasgo típico de la cultura latinoamericana y de la cultura *tout court*, término que le parece más fecundo que el de *mestizaje* (limitado a la mezcla de razas) o el de *sincretismo* (fusión de elementos simbólicos), porque presupone la idea de una estrategia de apropiación cultural de las clases dominantes y de las populares, y se comprende en relación con una constelación de conceptos como modernidad/modernización/modernismo o diferencia/ desigualdad. Del mismo modo en que el espectador negocia significados e identidades, el actor social está confrontado a estrategias de reconversión económica y simbólica, en un ejercicio de traducción permanente donde cierta literatura de frontera es un ejemplo.

Tres elementos me parecen decisivos en el escenario de las ciencias sociales que intentan trabajar la articulación entre los fenómenos sociales y políticos y los productos culturales: la transformación de los Estados Unidos en una hiperpotencia y su control casi exclusivo sobre las formas de producción de entretenimiento e información, la transformación de las relaciones culturales en relaciones de mercado, la desregularización de los medios y la transformación de los controles democráticos sobre el espacio público, como está sucediendo actualmente con la construcción social a escala global de la noción de “terrorismo” o “guerra”. El *modelaje* de los medios es también funcional al proyecto neoliberal.

Mucha agua ha pasado bajo el puente y es extremadamente difícil en el marco de estas páginas realizar un balance de la renovación del espacio teórico y de los importantes cambios estructurales que se han producido: el momento de recepción en los medios, la etnografía de los públicos, la caída de la noción de código (“un triunfo de la ideología de lo inefable”, dirá Eco), la aparición del concepto de enciclopedia y de interpretación,

que generan, por su propia dinámica, un acercamiento con otras disciplinas de estudio del sentido, el descentramiento de las identidades enunciativas y el corolario de una fragmentación de las identidades políticas, la emergencia de una nueva sensibilidad social como lugar de la diversidad y de la diferencia, un nuevo espacio público.

Se le puede criticar a la semiótica la disolución del mundo social en exclusivamente discursivo, en un eclecticismo teórico y una (¿deliberada?) ignorancia política de la que los estudios culturales también son cómplices. La semiótica sería el momento “estructural” describiendo la primera modernidad; los estudios culturales, el advenimiento de la globalización, lo que explicaría también el cambio de modas y los éxitos fulminantes. Estos últimos, con su rápida asimilación académica, su escasa problemática metodológica, de trabajo empírico y su abandono de todo proyecto crítico de la sociedad que estudian (Philo, Miller, 2001), sin reales mecanismos de objetivización, se han vuelto una nueva moda inofensiva –¿como lo fuera la semiótica en los años 60?– y la buena conciencia del intelectual, en una modernidad apolítica. Armand Mattelart (1996) observara con ironía que esta explosión de los estudios culturales en el medio académico, particularmente anglosajón, se realiza en paralelo con la desaparición de la figura del intelectual como conciencia crítica –rol social que se fue construyendo en los últimos doscientos años– y de la progresiva transformación de la universidad en institución irrelevante.

No podemos dejar de recordar que América Latina es una de las regiones donde la globalización y las políticas neoliberales han hecho estragos durante la década del noventa, aumentando dramáticamente y conflictivamente la brecha entre ricos y pobres, entre alfabetos y analfabetos de las nuevas tecnologías de la información. Si la cultura es un lugar de luchas y conflictos, de fronteras porosas y osmóticas y de traducciones tácticas y adaptativas, el escenario de la posición crítica se ha reformateado, como no podría ser de otro modo, testimoniando no solo las mutaciones culturales sino también las políticas.

Lucrecia Escudero Chauvel

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARDOSO, F.H.; FALETTO, E. (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI.
- CURRAN, J.; MORLEY, D.; WALKERDINE, V. (comp) (1998) *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona: Paidós.
- ECO, U. (1964) *Apocalittici e integrati nella cultura di massa*. Milano: Bompiani. Trad. española (1969) Madrid: Lumen.
- FORD, A. (2001) *Navegaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (2005) *Resto del mundo. Nuevas mediaciones de las agendas críticas internacionales*. Buenos Aires: Norma.

- GARCÍA CANCLINI, N. (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- GONZÁLEZ, A. J. (1994) *Mas (+) cultura(s). Ensayos sobre las realidades plurales*. México: CNCA.
- HALL, S.; DU GAY, P. (1996). *Questions of cultural identity*. London: Sage. Trad. Española (2003) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu.
- HOGGART, R. (1970) *La culture du pauvre*. Paris: Minuit.
- LOTMAN, I. (1979) *Semiótica de la cultura*. Madrid: Cátedra.
- _____ (1996) *La semioesfera*. Vol. I y II. Madrid: Cátedra.
- _____ (1998) *Cultura y explosión*. Barcelona: Gedisa.
- MARTÍN-BARBERO, J. (1987) *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gilli.
- MATTELART, A. (1996) *La mondialisation de la communication*. Paris: PUF .
- MAZZIOTTI, N. (2001) «Telenovelas: cinquante ans de récit hégémonique en Amérique Latine» en *Problèmes d'Amérique Latine* n°43. Médias, représentations sociales et démocratie.
- MORIN, E (1962) *L'Esprit du Temps*. Paris: Grasset.
- MORLEY, D (1992) *Television Audiences and Cultural Studies*. London: Routledge.
- ORTIZ, R. (1994) *Mundialización y cultura*. Madrid: Alianza.
- PHILO, G.; MILLER, D. (2001) *Market Killing*. London: Pearson & Longman.
- REVISTA HERMES N° 28 (2000) «Amérique Latine. Cultures et Communication». Paris: CNRS.
- REVISTA RESEAUX N° 80 (1996) «Les Cultural Studies». Dossier a cargo de Armand Mattelart. Paris: CNET.
- SODRE, M. (2002) *Antropologia do espelho*. Petropolis: Editora Vozes.
- THOMPSON, E.P. (1979) *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- VERÓN, E. (1974) *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- _____ (1978) “SEMIOSIS de l'idéologie et du pouvoir” en *Communications* N°28 *Ideologies, discours, pouvoir*. Paris: Seuil.
- WILLIAMS, R. (1958) *Culture and Society*. New York: Haper & Row.